

jadas de las fronteras de Austria, cuando su permanencia en ellas era de todo punto indispensable, pues de otro modo Austria no podría justificar á los ojos de Napoleón el hecho de que el ejército auxiliar no se moviera y de que se tuviera reunido en Galitzia un numeroso ejército de observación (1).

CAPÍTULO V

EXPEDICION MILITAR Á MOSCOU Y CONVENIO DE TAUROGGEN

Napoleón comenzó el año 1812 con una doble violación de la paz; en efecto, á fines de enero el general Friant invadió la Pomerania sueca y á fines de febrero el general Gudin penetró en la Marca de Brandeburgo (2). El primero de estos dos golpes tenía por objeto excitar á la resistente Suecia para que entrara por fuerza en la guerra contra Inglaterra y Rusia, y por el segundo se pretendía consumir la sujeción de Prusia. Esto último se consiguió. A las cinco de la tarde del día 2 de marzo de 1812 llegaron á Berlin los tratados que Krusemarck y Beguelin habían tenido que firmar en 24 de febrero en París, y una hora antes se había propalado la terrible noticia de que 15,000 hombres de la división Gudin habían emprendido la marcha desde Magdeburgo á Stettin (3).

Fuese por la violencia, fuese por medio de tratados, Prusia debía acabar por servir de puente, granero, arsenal y animal de carga, desde el Elba al Oder y desde el Oder al Vístula, al ejército enviado contra Rusia, y que había comenzado ya á ponerse en movimiento aun antes de que en Berlin se supiera si aquella expedición era mas bien una criminal sorpresa para hacer con la familia real prusiana lo que cuatro años antes se había hecho con los Borbones españoles. Solo esto faltaba para completar el cuadro de la violenta y desesperada situación en que se encontraba Federico Guillermo cuando en 4 de marzo aprobó el tratado de 24 de febrero, á fin de evitar á su país el golpe mortal que se le estaba preparando.

Las divisiones Friant y Gudin formaban parte del ejército del Elba del general Davout, príncipe de Eckmühl, que con el nombre de «primer cuerpo» constituía la cuña septentrional de ataque del grande ejército de 1812. Desde el 24 de junio al 18 de noviembre, Napoleón había ido poco á poco acumulando en las fronteras de Rusia 647,138 hombres (4), ejército que por su número, armamento, organización é instrucción no había nunca tenido á sus órdenes mortal alguno; y aun no representaba mas que la mitad de las fuerzas de que en aquel instante disponía el imperio universal de Napoleón, pues en aquel año había puesto sobre las armas en Francia y en los países aliados y vasallos un contingente que no bajaba de 1.187,000 hombres. Así por lo menos lo calculaba el general inglés Roberto Wilson, que siguió las operaciones de esta campaña en el cuartel general ruso y que escribió sobre ella una memoria notable (5). En la cifra de

(1) Memoria de Stackelberg, de 24 de octubre de 1812. Martens, obra citada, pág. 88. Véase *Austria y Prusia*, tomo II, 83. El juicio que la guerra simulada mereció al príncipe Schwarzenberg no queda en nada modificado por el trabajo de Angeli publicado en las *Comunicaciones del Archivo imperial de la guerra*, año 1884, págs. 1 y 87.

(2) Thiers, tomo XIII, pág. 426.

(3) Saint-Marsan á Maret, 3 de marzo de 1812. Stern: *Documentos*, págs. 383-384.

(4) Cálculo del coronel Chambray, cuya *Historia de la expedición de Rusia* (2.ª edición, París, 1825, tres tomos) nos proporciona indudablemente los datos mas seguros acerca de toda la campaña. Véase en general, T. de Bernhardt: *Miscelánea*, tomo I (Berlín, 1879), pág. 222. El ejército que en 1812 tenía Napoleón en España no llegaba ni con mucho á los 250,000 hombres que se han supuesto.

(5) *Historia secreta de la campaña de Rusia*, de 1812; traducida al

850,000 «franceses», con que encabeza su tabla, van comprendidos los españoles y portugueses, los ilirios y croatas, los holandeses y rhinianos, y hasta los suizos, que aportaron un contingente de 10,000 hombres. Disponía, además, Napoleón de 50,000 italianos, 60,000 polacos, 40,000 bávaros, 30,000 sajones, 30,000 westfalianos, 15,000 wurtembergueses, 9,000 badenses, 23,000 rhinianos aliados de otras procedencias, 20,000 prusianos, 30,000 austriacos y 30,000 napolitanos, es decir, de un contingente de 337,000 extranjeros que entraron en campaña formando columnas independientes, aunque sometidas todas al mando supremo de Napoleón. Estas tropas extranjeras formaban precisamente el núcleo del ejército de campaña, propiamente dicho, con que Napoleón pasó el Niemen en 24 de junio de 1812. De los 600,000 infantes no eran franceses mas que 160,000 á lo sumo, y de los 60,000 jinetes, apenas lo era la tercera parte. Entre las tropas que se destinaron al campo de batalla preponderaban de tal suerte los elementos alemán y polaco, que un año mas tarde se atrevía Napoleón á escribir con la mayor sangre fría á Metternich, que se encontraba en Dresde: «Los franceses no pueden en modo alguno quejarse de mí, pues envío á morir á los alemanes y á los polacos para salvarlos á ellos: la expedición á Moscou me ha costado 300,000 hombres, de los cuales apenas 30,000 eran franceses (6).»

Entre los diez, ó por mejor decir, doce cuerpos del gran ejército, los cuatro primeros (I, mariscal Davout, II, mariscal Oudinot, duque de Reggio, III, mariscal Ney, duque de Elchingen, IV, príncipe Eugenio, virey de Italia) se componían de franceses y extranjeros (suizos, croatas, holandeses, wurtembergueses, polacos é italianos) mezclados; los cuatro siguientes estaban formados únicamente por tropas extranjeras (V, príncipe Poniatowski, polacos; VI, general Gouvion Saint-Cyr, bávaros; VII, general Regnier, sajones; VIII, general Vandamme, westfalianos). De las tres divisiones del cuerpo IX (mariscal Víctor, duque de Bellune), solo la primera se componía de franceses, la segunda estaba formada de alemanes y la tercera de polacos. De las dos divisiones del cuerpo X (mariscal Macdonald, duque de Tarento), una estaba compuesta de polacos y alemanes y otra de prusianos. El cuerpo del príncipe de Schwarzenberg era exclusivamente de austriacos, y entre las mismas tropas escogidas de la guardia imperial (47,000 hombres) había no pocos holandeses, polacos é italianos; una de las tres divisiones de la guardia joven, la «legión del Vístula», mandada por el general Claparède, se componía de polacos, en número de 8,300 (7).

Los armamentos con que el emperador Alejandro quería hacer frente á este ejército de pueblos eran tan insuficientes como inferiores á las dotes militares de Napoleón eran las de los generales á quienes tenía encomendada su defensa. Si en esta ocasión, como hasta entonces había sucedido, la suerte había de decidirse por la maestría en la colocación y aplicación de fuerzas abrumadoras, razón tenía Napoleón para abrigar la confianza expresada en Dresde, cuando, en mayo de 1812, dijo: «Con una ó dos batallas entro en Moscou y contemplo á Alejandro de rodillas ante mí.» Pero en esta guerra todo sucedió de muy distinta manera de lo que Napoleón había creído, pues desde los primeros movimientos los desengaños se sucedieron con extraordinaria rapidez y en proporciones cada vez mayores.

En la noche del 12 al 13 de marzo de 1809 había sido destronado, á consecuencia de una conjuración de la nobleza, el rey Gustavo IV de Suecia, sucediéndole en el trono su

aleman por Seybt. Leipzig, 1861, pág. 20. Lo propio vemos en la obra de Jahn: *El ejército francés* (Leipzig, 1873), pág. 154.

(6) Helfert: *Maria Luisa*. Viena, 1873, pág. 368.

(7) Jahn, pág. 151.

tio el duque de Sudermania, Carlos XIII, con gran contentamiento de la aristocracia, del ejército y de la nación (1). No teniendo el rey, como no tenía, hijos, los estados hubieron de elegirle un sucesor, y la elección (28 de agosto de 1809) recayó en el príncipe Cristiano Augusto de Schleswig-Holstein Augustenburgo, pero habiendo fallecido éste repentinamente en 23 de mayo de 1810 eligieron por sucesor (25 de agosto del propio año) al hasta entonces mariscal de Francia Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo, á quien el rey, en octubre, adoptó como hijo, nombró generalísimo é inició en todos los negocios del Estado (2). Pero por favorable que

fuera á Francia y al restablecimiento de su tradicional influencia sobre Suecia este cambio de personas que había seguido al destronamiento del mas irreconciliable de los enemigos del emperador, el bloqueo comercial y la guerra mercantil contra Inglaterra, tales como las exigía cada vez con mas insistencia Napoleón, eran dos cosas de realización tan imposible para Suecia como para Holanda ó Portugal. Por eso el acto de violencia con que á principios de 1812 quiso Napoleón conseguir la sumisión de Suecia no sirvió mas que para acelerar su unión á Rusia. En 5 de abril (24 de marzo) se firmó en San Petersburgo entre Rusia y Suecia una alian-



Puesto de guardias imperiales delante de Wilna, en 3 de julio de 1812. - Dibujo del natural por A. Adam (*)

za ofensiva y defensiva, que por lo menos permitía al emperador Alejandro volver á disponer libremente del ejército que tenía en Finlandia. Poco despues, quedó tambien libre el ejército que había combatido contra los turcos en Moldavia, pues en 28 de mayo el general Kutusoff firmó en Bukarest con los turcos una paz preliminar en virtud de la cual Rusia adquiría la Besarabia y el tercio de la Moldavia de la izquierda del Pruth, pasando de nuevo á poder de Turquía el resto de la Moldavia con toda la Valaquia (3). Uno y otro suceso sorprendieron desagradablemente á Napoleón.

El emperador francés publicó en 22 de junio en Wilkowi un manifiesto dirigido á sus pueblos, en que decía: «Ha comenzado la segunda guerra polaca. La primera terminó en Frisia y en Tilsit (4).» En la noche del 23 al 24 pasó el

Niemen por Kowno; el 28 entró en Wilna y al dia siguiente sufrió la primera gran desgracia. Una lluvia torrencial que no cesó de caer por espacio de cinco dias y de cinco noches hizo intransitables todos los caminos de la Lituania y causó considerables pérdidas á las tropas así en las marchas como en los campamentos. Una asoladora peste se desarrolló entre los caballos, que únicamente podían alimentarse con los forrajes verdes del campo, y en su consecuencia solo en el camino de Wilna perecieron 10,000. Por resultado de esta mortandad de caballos tuvieron que ser abandonados cien cañones y mil carros de pólvora. La falta de alimentos regulares produjo la disolución de las columnas: 30,000 mero-deadores cometieron toda clase de tropelías en aquel país, impulsados en parte por el hambre y en parte por la arrogancia (5).

El emperador Alejandro se encontraba en un baile que el general Bennigsen daba en su castillo de Zarett, situado á media legua de Wilna, cuando recibió, en 24 de junio, la noticia de que Napoleón había pasado el Niemen. Acto

(1) Schlosser: *Historia del siglo XVIII*, tomo VII, págs. 258-260.

(2) Schlosser: *Historia del siglo XVIII*, tomo VIII, págs. 110-117.

(*) Alberto Adam formó parte de la expedición de Napoleón á Rusia y dibujó los episodios característicos de esta guerra, desde Willenberg, en la Prusia oriental, hasta Moscou.

(3) Chambray, tomo I, págs. 102-106.

(4) *Corresp.*, XXIII, pág. 528.

(5) Chambray, tomo I, págs. 181-182. Wilson, págs. 32-33.

continuo se suspendió la fiesta y al día siguiente publicó el emperador dos manifiestos dirigidos el uno á su ejército y el otro al conde Soltikoff, su gobernador en San Petersburgo (1). El primero estaba fechado en Wilna, en 25 de junio de 1812, y decía: «Tiempo hace que hemos observado de parte del emperador de los franceses la adopción de algunas medidas hostiles á Rusia, y siempre habíamos confiado en evitarlas á fuerza de sentimientos de conciliación y de paz. Pero al ver que con frecuencia se repetían patentes iniquidades, debimos completar y reunir nuestros ejércitos á pesar del deseo que nos animaba de conservar la tranquilidad. Todavía acariciábamos la esperanza de llegar á una conciliación, permaneciendo dentro de las fronteras de nuestro imperio y preparándonos, bien que sin turbar la paz, para la resistencia que en su caso fuera necesario hacer. Sin embargo, estas pruebas de sentimientos pacíficos y conciliadores no han sido bastantes para conservar la paz tan deseada: el emperador de los franceses, al atacar de improviso en Kowno á nuestro ejército ha sido el primero en declarar la guerra. En presencia del hecho de que nada puede moverle á conservar la paz, no nos queda mas remedio que oponer á las fuerzas del enemigo nuestras propias fuerzas, no sin invocar antes el auxilio del Todopoderoso, que es el testigo y el defensor de la verdad. No es necesario recordar sus deberes al general en jefe, á los jefes de cuerpo ni á los soldados: la sangre de los valientes eslavos circula por sus venas. Soldados, defendéis la religión, la patria y la libertad. Yo estoy con vosotros y Dios está contra los agresores.» El lenguaje empleado en este manifiesto era, como se ve, moderado y contenido: muy distinto era el en que el emperador se dirigía á Soltikoff y por conducto de éste á los pueblos de su imperio. En efecto, el manifiesto dedicado á ellos comenzaba con estas palabras: «Las tropas francesas han pasado las fronteras de nuestro imperio. La estricta observancia del tratado de alianza ha sido recompensada con la mas pérfida sorpresa,» y terminaba diciendo: «No depondré las armas mientras quede un solo soldado enemigo en los territorios de mi imperio.»

El emperador Alejandro puso en movimiento dos ejércitos para la defensa de su imperio: el mas fuerte, el primer ejército del Oeste, mandado por el general Barclay de Tolly, se componía de 104,250 hombres; el segundo ejército del Oeste, á las órdenes del príncipe Bagration, apenas contaba 37,000; el ejército de reserva, conducido por el conde Tormassoff, estaba formado por 38,000 combatientes y en un principio no fué para nada utilizado (2).

Querer defender con tan escasas tropas una línea de fronteras de 150 millas hubiera sido una locura, pero tampoco era mucho mas razonable el proyecto inspirado al emperador Alejandro por el ex-general prusiano Phull, de ocupar en un campamento fortificado en Drissa, junto al Duna, una de aquellas posiciones inexpugnables (3) que Napoleón — y hora era ya de que lo aprendieran, — no solía atacar y sí solo envolver ó simplemente dejar á un lado. El insigne Gneisenau, á quien todos estos acontecimientos sorprendieron durante su viaje á Inglaterra, demostró sus excelentes dotes de general cuando escribió desde Riga, en 2 de julio, al emperador Alejandro (4) diciéndole que «la verdadera línea de defensa del imperio ruso» eran las corrientes del Duna y del Borístenes (Dnieper) y que allí era donde debían concentrarse á toda prisa los ejércitos rusos. «Si se hiciera esto en el momento en que ha estallado la guerra, produciría una mala impresión en el ánimo de los soldados. Desde este punto de

(1) Ambos documentos en Chambray, tomo I, págs. 184-186.

(2) Bernhardt: *Memorias del conde Toll*, tomo I, pág. 255.

(3) Clausewitz: *Obras póstumas*, tomo VII, pág. 18.

(4) Pertz: *Gneisenau*, tomo II, pág. 285.

vista, ha sido también mal elegida la ciudad de Wilna como cuartel general de S. M. el emperador, pues sería de mal efecto ver que el monarca que es el único apoyo que en el continente tiene la causa de la justicia, emprendía una retirada precipitada al presentarse el enemigo. Quizás Witepsk hubiera servido mejor para cuartel general.»

Napoleón penetró con todo su ejército en Rusia por el extenso espacio que separaba á los dos ejércitos rusos del Oeste, con lo cual obligó á éstos á reunirse precipitadamente en el punto mismo que anticipadamente con tanta razón había designado Gneisenau como «la verdadera línea de defensa de Rusia.» Antes de que los rusos se situasen á orillas del Dnieper para disponerse al primer ataque, Napoleón tuvo que resolver una cuestión política con los polacos. En 14 de julio se le presentó una diputación de una dieta polaca reunida arbitrariamente en Varsovia, que había aclamado el restablecimiento de Polonia, pidiéndole una orden emanada de su autoridad que, cual golpe de varita mágica, reuniera en un solo cuerpo todos los elementos dispersos de la antigua Polonia. El emperador les contestó (5) que, si él fuese polaco, pensaría y obraría como los polacos, pues el amor á la patria era la primera virtud del hombre honrado; pero que era soberano de un gran imperio y como tal tenía que conciliar muchos intereses y que cumplir muchos deberes. Añadióles que, por ejemplo, había garantizado al emperador de Austria la inviolabilidad de sus Estados y que por lo mismo no toleraría ningún movimiento que pudiera turbar á este soberano en la pacífica posesión de sus territorios polacos. Manifestóles también que si los polacos querían sublevar á sus antiguos compatriotas de Rusia, Lituania, Samogicia, Witepsk, Polotzk, Mohileff, Volinia, Ucrania y Podolia, «la Providencia haría que el éxito coronara la santidad de su causa, recompensando así el amor patrio que tan interesantes les hacía,» y que les daba derecho á su consideración y á su amparo. Esto parecía un aplazamiento, pero en realidad era una negativa. En marzo de 1812 escribía Napoleón á su confidente el conde de Narbonne: «Ya lo sabeis: la guerra en mis manos era el contraveneno de la anarquía, y ahora que quiero valerme nuevamente de ella para asegurar la independencia de Occidente, he de procurar que no despierte lo que antes ha ahogado, el espíritu de la libertad revolucionaria. Avistaos con Bassano; él os dará cuenta de mis dificultades con Polonia. — Yo, por mi parte, amo á los polacos en el campo de batalla: son una raza valiente; pero por lo que hace á sus asambleas, á su *liberum veto*, á sus dietas á caballo y sable en mano, debo decir que no me gusta oír hablar de tales cosas. Bastante tenemos en el continente con las locas Cortes de Cádiz. No os hagais ilusiones: si hoy resucitara una Polonia semi-republicana, sería ésta una complicación mucho mas grave que si hubiera continuado existiendo siempre. Bajo la antigua forma, podía Polonia prolongar sin grandes daños su miserable existencia; hoy, en cambio, tendría que incendiar las casas de sus vecinos para asegurar las suyas propias, y solo podría adquirir fuerzas mediante una propaganda diabólica. Lo he meditado muy bien: quiero tener en Polonia un campamento, pero no un Foro. Haré á Alejandro una guerra decorosa con 2,000 cañones y 500,000 soldados, pero sin escándalo; le arrebataré á Moscou y lo empujaré al Asia, pero no toleraré ni un club en Varsovia, ni en Cracovia, ni en ninguna parte. Esto no lo digo por consideraciones de familia al Austria, que tanto ha contribuido al fraccionamiento de Polonia. En último término podría yo indemnizarla de otra manera, devolverle la Iliria, y de esta suerte y á este precio arrebatarle su parte de Polonia sin que tuviera motivos

(5) *Corresp.*, XXIV, págs. 61-62.

para quejarse de ello: es mas, este cambio ya ha sido previsto (1). Pero no me tiene cuenta resucitar un foco republicano en Europa y en una nación de veinte millones de habitantes, guerrera, falta de industria, confinante con Bohemia, antiguo país de hussitas y de taboritas, y capaz de entregarse á no sé qué fanatismo místico ó demagógico que no nos convendría en modo alguno. No; yo quiero que Polonia sea simplemente una potencia disciplinada para *amueblar* un campo de batalla. En esto estriba la cuestión: hacer latir la fiebre nacional de los polacos sin despertar sus sentimientos liberales y caminar rápidamente al objeto arrastrando y lanzando al Norte á toda la masa de hombres (2).» Así era como había de entenderse «la segunda guerra polaca.»

Estando todavía en Wilna, dió Napoleón una orden del día que, considerada simplemente como un hecho, da una

idea terrible del estado de su ejército. Véanse las palabras con que comenzaba: «A espaldas del ejército, algunos merodeadores y malos soldados han cometido crímenes que deshonran el nombre francés, ponen en peligro las comunicaciones del ejército y constituyen un obstáculo para el abastecimiento regular.» El artículo 1.º instituía en Wilna un tribunal militar especial, que juzgara sumariamente los delitos de saqueo y merodeo. Tres columnas volantes de cien jinetes cada una debían perseguir y cazar á los culpables, registrando aldeas, caminos y bosques en busca de ellos y conduciéndolos al consejo de guerra de Wilna. Los sentenciados debían ser fusilados á las veinticuatro horas (3). El coronel Chambray dice que de haberse de cumplir rigurosamente esta orden hubiera tenido que fusilarse á millares de soldados, pues el merodeo era el único medio que había de no



Vivac del virey Eugenio, en la noche del 8 al 9 de julio de 1812, en Wielkie-Solezniki. — Dibujo del natural por A. Adam

morirse de hambre, ya que no se distribuían víveres. Por esto solo se llevaba ante el consejo de guerra á aquellos en cuyo poder se encontraban objetos robados: de éstos fueron condenados á muerte unos ochenta, pero solo se fusiló á dos ó tres especialmente criminales. Ya en sus anteriores expediciones de conquista los ejércitos de Napoleón habían dejado detrás de sí multitud de merodeadores; pero en la retaguardia siempre se había restablecido el orden cuando las tropas eran regularmente abastecidas, pues la carencia de provisiones había sido la única causa de la dispersión. No de igual modo se restablecía en Rusia, porque no se atendía al mantenimiento de la tropa por medio de almacenes, ni podía cuidarse de que lo proporcionara aquel país, tan pobremente poblado y tan prontamente extenuado. A pesar de todo, Napoleón imprimió tal rapidez á las marchas, que la dispersión del ejército se hacía mayor á cada milla que se avanzaba, desgracia que no fueron bastantes á reparar todos los triunfos militares del emperador, pues las pérdidas de hombres que ocasionaron no hicieron mas que precipitar «la consunción estratégica» que interiormente devoraba al gran ejército. En 28 de julio entró Napoleón con sus guardias en Wi-

(1) Véase anteriormente.

(2) Villemain: *Souvenirs contemporains*. Paris, 1854, tomo I, págs. 164-160.

tepsk, delante de cuyas puertas una diputación de ciudadanos le entregó las llaves de la ciudad. Esto no impidió que fuese saqueada y robada, como si hubiera sido tomada por asalto. Napoleón prohibió el saqueo bajo pena de muerte, mas á pesar de esto no pudo contener ni siquiera á sus guardias. La indisciplina se había propagado por el ejército, desde el mismo momento en que éste había penetrado en los territorios rusos propiamente dichos, con la misma rapidez que se propaga el incendio en las estepas. Las amenazas y los castigos de nada servían: la población exasperada contestaba á los horrores con horrores, al exterminio con el exterminio, y el emperador Alejandro excitaba á la lucha con sus alocuciones á todas las fuerzas y pasiones de sus pueblos.

El día 3 de agosto juntáronse en Smolensko los dos ejércitos del Oeste, el de Barclay y el de Bagration, formando un total de 120,000 hombres. El primero de estos dos generales fué atacado en este punto por fuerzas muy superiores de Napoleón, y se vió obligado á abandonar la ciudad y á retirarse al camino de Moscou, despues de un sangriento combate trabado junto á las poderosas murallas que circuían por el Sur á Smolensko, cuya defensa natural era en el Norte la corriente del Dnieper. Esta retirada, que puso en manos de los franceses á la «santificada» y «venerada» ciudad de

(3) Chambray, tomo I, págs. 374-375.